

## Los ojos verdes

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tal cual eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I

—Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos<sup>1</sup> han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero<sup>2</sup> no he visto mejor golpe... Pero, ¡por san Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas<sup>3</sup>, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro<sup>4</sup> en los ijares<sup>5</sup>. ¿No veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo<sup>6</sup> repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir<sup>7</sup> de la jauría

<sup>1</sup> *Lentisco*: mata o arbusto siempre verde, con tallos leñosos.

<sup>2</sup> *Montero*: persona que busca o persigue la caza en el monte.

<sup>3</sup> *Carrasca*: encina, generalmente pequeña, o mata de ella.

<sup>4</sup> *Una cuarta de hierro*: una buena parte de las espuelas.

<sup>5</sup> *Ijar*: ijada. Cada una de las dos cavidades situadas entre las costillas y los huesos de las caderas.

<sup>6</sup> *Moncayo*: montaña del Sistema Ibérico, entre las provincias de Zaragoza y Soria.

<sup>7</sup> *Latir*: ladrido entrecortado.

desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles<sup>8</sup> llegó a las carrascas, jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha<sup>9</sup> que conducía a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! —gritó Íñigo entonces—. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

<sup>8</sup> *Lebrel*: variedad de perro, que recibe este nombre por considerársele muy apto para la caza de las liebres.

<sup>9</sup> *Trocha*: vereda o camino angosto.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? —exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos—. ¿Qué haces, imbécil? ¡Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor —murmuró Íñigo entre dientes—, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha —prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes. ¿Cómo las salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un

tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima<sup>10</sup> en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo<sup>11</sup>, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí. Las piernas le fallan, su carrera se acorta... Déjame, déjame... Suelta esa brida<sup>12</sup> o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus, Relámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel<sup>13</sup> en tu serreta<sup>14</sup> de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron

<sup>10</sup> *Ánima*: alma.

<sup>11</sup> *Venablo*: lanza corta.

<sup>12</sup> *Brida*: freno del caballo, con las riendas y todo el correaje, que sirve para sujetarlo a la cabeza del animal.

<sup>13</sup> *Joyel*: joya pequeña.

<sup>14</sup> *Serreta*: pieza que se sujeta al correaje, sobre la nariz del caballo.

en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerlo. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí en adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> *Hisopo*: utensilio usado en las iglesias para dar o esparcir agua bendita, consistente en un mango de madera o metal, con frecuencia de plata, que lleva en su extremo una bola metálica hueca y agujereada, de la que sale el agua.